

CONOCIMIENTO EXTRAORDINARIO

Ciencia, escepticismo y los poderes
inexplicables de la mente humana



Elizabeth Lloyd-Mayer



Título Original
Extraordinary Knowing

Primera edición
Noviembre 2010

© 2007 Elizabeth Lloyd Mayer

© 2010 para la edición en castellano
La Liebre de Marzo, S.L.

Traducción
David Gonzalez Raga

Diseño gráfico
Bárbara Pardo

Impresión y encuadernación
Puresa, S. A.

Impreso en España

Depósito Legal
B-26.823-2010

ISBN
978-84-92470-16-7

La Liebre de Marzo, S.L.
Apartado de Correos 2215 E-08080 Barcelona
Fax. 93 449 80 70
espejo@liebremarzo.com
www.liebremarzo.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aún después de todo este tiempo, el sol nunca le ha dicho a la tierra –«estás en deuda conmigo»

Observa lo que pasa con un amor como este. Ilumina todo el cielo.

–HAFIZ

Para
David Mayer
y
Pamela Symington Mayer
cuyo amor por sus hijos
ilumina todo el cielo

ÍNDICE

Prólogo de Freeman Dyson	9
Prefacio de Carol Gilligan	13
1. El arpa de ida y vuelta <i>Comienza el viaje</i>	17
2. Hacer público el conocimiento privado <i>Romper el silencio</i>	27
3. La negación de lo extraordinario <i>Coste personal y precio público</i>	41
4. Los estados mentales <i>El conocimiento que no se experimenta como tal</i>	55
5. La inteligencia intuitiva <i>El arte y la ciencia de la unión</i>	73
6. Un diálogo interrumpido <i>La extraña historia de la investigación paranormal</i>	87
7. Tirando los meteoritos a la basura <i>Ciencia, miedo y ansiedad</i>	115
8. Ojos nocturnos <i>Aprender a vivir con la paradoja</i>	151
9. Determinar el poder de la oración <i>¿Está Dios en la ecuación?</i>	171

10. Escuchar más atentamente	
<i>Sintonizar con los sueños y con la telepatía</i>	205
11. Tres segundos en el futuro	
<i>La nueva ciencia del inconsciente</i>	233
12. Incertidumbre cuántica	
<i>Un modelo operativo de la realidad</i>	259
Epílogo: Volver a empezar	
<i>El reto de lo extraordinario</i>	287
Agradecimientos	297
Notas finales	299

Prólogo

Freeman Dyson
Institute for Advanced Study
Princeton, New Jersey

Este libro comienza con una extraña historia sobre un arpa que ilustra miles de casos en los que las personas parecen acceder a un tipo de conocimiento ajeno al habitual, un conocimiento que cae dentro de lo que suele denominarse percepción extrasensorial o PES. Y esa historia me coloca en una situación un tanto comprometida porque si bien, como científico, debo desconfiar de ella, como ser humano no tengo más remedio que creérmela. En tanto que científico, no creo en nada que no se base en una evidencia sólida y debería considerar la posibilidad de que no fuese más que una forma de ilusión y hasta de confabulación urdida por Elizabeth Mayer y Harold McCoy. No olvidemos que éstas son, precisamente, las evidencias que los científicos suelen calificar como «anecdóticas» queriendo decir, con ello, que carecen de todo valor científico.

Como ser humano, sin embargo, me parece una historia muy convincente. Estoy impresionado por el hecho de que Elizabeth Mayer es una científica y, habitualmente, se mantendría escéptica ante ese tipo de evidencias. Ella sabe bien por qué la mayoría de los científicos desconfía de su historia, pero se obstina en mantener un diálogo amistoso tanto con los escépticos como con quienes creen en la PES. En muchos sentidos, se siente más próxima a los escépticos, pero tampoco puede permitirse el lujo de ignorar la historia del arpa porque, al haberla vivido en primera persona, sabe bien que es cierta. Yo,

por mi parte, estoy plenamente convencido, pero no tanto de la veracidad de la historia, como del retrato que Elizabeth nos pinta de sí misma como una científica que se enfrenta a un misterio que la ciencia ortodoxa se muestra incapaz de explicar.

Gran parte de este libro describe la historia de la investigación PES, una historia que se basa tanto en datos anecdóticos como en la experimentación científica. La recopilación y publicación de las pruebas anecdóticas acerca de la percepción extrasensorial ha sido llevada a cabo principalmente por la Society for Psychical Research, una institución con ramificaciones en Inglaterra y los Estados Unidos y que tiene más de un siglo de vida. Son muchas las historias publicadas en su revista y en un conocido libro titulado *Phantasms of the Living*, en donde refiere un tipo de experiencias en la que, en un momento de crisis o de peligro extremo, el sujeto B puede ver al sujeto A, que se halla a muchos kilómetros de distancia, documentando esos episodios con testimonios de primera mano –de calidad, por cierto, bastante desigual y anecdótica recopilados poco después del acontecimiento– tanto del sujeto A como del sujeto B.

La investigación científica de la PES empezó hace ya mucho tiempo y, desde entonces, ha seguido adelante con una obstinación tenaz. Todo comenzó con Joseph Rhine en la Duke University, luego prosiguió con Harold Puthoff, del Stanford Research Institute y, desde entonces, son muchos los grupos que han recogido esos testimonios. Sobre todos esos esfuerzos, no obstante, se cierne la sombra de la duda, a causa de algunas acusaciones de fraude que pesan sobre el laboratorio de Rhine y debido, por otro lado, a que una parte importante del trabajo llevado a cabo por Puthoff se vio secretamente patrocinado por la Central Intelligence Agency.

Elizabeth Mayer nos proporciona el relato más convincente que yo jamás haya visto de la investigación PES y lo acompaña de una excelente bibliografía de documentos relevantes. Pero los resultados de la investigación científica realizada hasta el momento han sido decepcionantes porque, aunque los investigadores han afirmado tener evidencias estadísticamente significativas de la PES, sus resultados siempre han sido marginales: lo suficientemente claros como para ser estadísticamente significativos, pero no tanto como para vencer a los escépticos.

Tres son las posturas que cabe asumir con respecto a la evidencia de la PES. En primer lugar, la actitud mantenida por la ciencia ortodoxa, que rechaza de

plano la existencia de la PES. En segundo lugar, la postura asumida por los creyentes en la PES, que no sólo sostienen su existencia, sino también la posibilidad de demostrarla utilizando métodos científicos. Y, en tercer lugar, mi propia postura, ubicada a mitad de camino entre las dos, según la cual, si bien la PES es, como sugiere la evidencia anecdótica, real, no puede ser demostrada empleando las torpes herramientas de que dispone la ciencia.

Estas posturas también insinúan diferentes puntos de vista sobre el alcance de la ciencia. Si uno cree, como muchos de mis colegas, que el poder de ciencia es ilimitado, entonces la ciencia debería explicarlo todo y la PES, en consecuencia, sería inexistente o científicamente explicable. Pero si, a pesar de creer en la existencia de la PES, también creemos —como yo— que su posible demostración queda fuera del alcance de la ciencia, no queda más remedio que asumir que el alcance de ésta es limitado. Mi hipótesis de trabajo, pues, es que la PES es real, pero que pertenece a un universo mental tan fluido y evanescente que no puede someterse a los estrictos protocolos impuestos por la investigación científica. Pero con ello no pretendo, en modo alguno, afirmar la veracidad de esta hipótesis, sino tan sólo que es coherente con la evidencia y merecedora, por tanto, de toda nuestra consideración.

Me han pedido que escribiese este prólogo porque hace ya un tiempo publiqué, en *The New York Review of Books*, una revisión de un libro sobre la PES titulado *Debunked!*, escrito por Georges Charpak y Henri Broch al que Elizabeth Mayer se refiere en el capítulo 12. En esa revisión concluí que la PES sólo ocurre, según la evidencia anecdótica de que disponemos, cuando la persona implicada experimenta emociones muy intensas y se halla sometida a una fuerte tensión nerviosa, algo que difícilmente ocurre en las rigurosas condiciones a las impuestas por la investigación científica. No es de extrañar por tanto que, cuando la persona experimenta más aburrimiento que excitación, se desvanezca toda evidencia de PES. Ahí radica, en mi opinión, el fracaso de la investigación científica de la PES, porque las condiciones mismas de la experimentación necesariamente descartan las emociones humanas que la posibilitan.

Fueron muchas las cartas que recibí después de la publicación de esa revisión, pero todas ellas fueron críticas. Los científicos ortodoxos estaban molestos porque me atrevía a considerar la realidad de la PES, mientras que los creyentes, por su parte, estaban enfadados porque afirmaba la imposibilidad de demostrarla científicamente.

Lo que más me gusta de Elizabeth Mayer es la predisposición que muestra, a lo largo de todo este libro, a mantener un diálogo amistoso entre creyentes y escépticos.

Estoy muy contento de que podamos disentir sin dejar, por ello, de ser amigos.

Prefacio

Carol Gilligan

Conocí a Lisby a propósito de un caso de conocimiento extraordinario, el mismo que cuenta en el primer capítulo de este libro. Un amigo mutuo que trabaja en el teatro decidió un buen día que debíamos conocernos y estableció la fecha y el lugar de nuestro primer encuentro, un café de Harvard Square.

Ahí estaba yo, sentada frente a Lisby, al otro lado de la mesita de madera, la taza de café, las bolsitas de azúcar rasgadas al lado de su plato, mirándome fijamente y con el rostro iluminado. Nuestra amistad dependía de esta conversación.

Según me dijo, habían robado el arpa de su hija en Oakland (California) y, como último recurso, solicitó la ayuda de un zahorí de Arkansas. Mientras me relataba la historia, Lisby asumió el acento de ese hombre, arrastrando lentamente las palabras. Al parecer, según le dijo, sólo necesitaba, para llevar a cabo su pedido, un mapa de la ciudad y la luz reflejada por un objeto precioso, algo que no me llamó especialmente la atención porque lo que, desde determinado marco de referencia se nos presenta como una forma de conocimiento extraordinario se revela, desde otro, completamente ordinario, una simple cuestión práctica.

Son muchas las veces en que he tenido la experiencia de pensar en alguien a quien no había visto desde hacía mucho tiempo que, en ese mismo instante, llama por teléfono, evidenciando así una modalidad de conocimiento bastante inexplicable. Ésa es una forma de conocimiento visceral, un tipo de conocimiento intuitivo que pone en cuestión la creencia largamente asumida de que somos seres esencialmente separados y no podemos, por tanto, saber lo que ocurre en la mente de otra persona. Conocimiento a través de la conexión,

un aspecto en el que las dos estábamos especialmente interesadas y que acabaría uniéndonos. Ése es, precisamente, un tipo de conocimiento al que los niños tienen acceso hasta el momento en que la conexión se rompe, desaparece o se soslaya.

Durante mi siguiente visita a San Francisco, pasé una tarde entera con Lisby, sentada en su jardín. Entonces hablamos de Erik Erikson (otro vínculo que nos unía), de las creencias que tenemos sobre nosotros mismos y del universo en que vivimos, de psicoanálisis, de física, de música, de empatía, del teorema de Bell y de la acción (aparentemente) a distancia, como la de la Luna sobre las mareas. Eran muchas las cosas que compartíamos, desde nuestra fascinación por el cambio entre la percepción de la figura y del fondo del que habla la gestalt hasta la crianza de los hijos y el modo más adecuado de regentar una casa. Con el paso de los años, nuestra conversación fue profundizándose y nos encontramos en Cambridge, Berkeley, Vermont y las colinas Bershire, al tiempo que nuestra amistad se expandía hasta incluir a nuestra familia y dábamos vueltas y más vueltas en torno a las mismas cuestiones: ¿Qué sucede cuando cambiamos de marco de referencia? ¿Qué ocurre cuando contemplamos acontecimientos aparentemente extraordinarios a través de una lente diferente?

Luego pusimos en marcha un grupo de estudio en una agrupación psicoanalítica en la que participábamos, impartimos un seminario en Harvard, presentamos ponencias conjuntas en varios congresos y asistimos, los sábados, al mismo taller de escritura para alumnos de Radcliffe. Y siempre vi a Lisby vivificar todos los lugares por los que pasaba, movilizándolo el entusiasmo y dando la bienvenida al escepticismo con una generosidad y una curiosidad aparentemente inagotables.

Joyce hablaba de «la ineluctable modalidad de lo visible» pero, para Lisby, las líneas y las fronteras pueden ser engañosas. Ella se sentía atraída por aquello que parece desafiar nuestra percepción, por lo paranormal, por los jugadores que parecen saber las cartas con que cuentan sus adversarios y por los cirujanos que operan siguiendo los dictados de una luz blanca. Yo, por mi parte, jamás había estado interesada en la PES, pero me fascinaba lo que la gente puede llegar a saber gracias a un conocimiento que parece extraordinario.

En nuestro grupo de estudio, invitamos a los psicoanalistas a compartir ese tipo de experiencias y, una y otra vez, se avinieron, a veces tímidamente y en otras con cierto temor, a nuestra invitación a describir casos en los que ellos o

sus pacientes hubiesen conocido algo que no acertaban a explicar. Y si bien la cuestión de la explicación se volvió apremiante, siempre me asombró el clima de misterio que rodeaba esas revelaciones y la intensidad de las emociones que evocaba, como si, de algún modo, estuviésemos transgrediendo un tabú.

Este libro es una invitación a pensar con Lisby en los inexplicables poderes de la mente humana y abrirnos a la posibilidad, como dice Hamlet a su amigo Horacio, de que haya «más cosas en cielo y en la tierra que todas las que pueda soñar tu filosofía». Ésta es una posibilidad a la vez sorprendente y desalentadora porque ¿quién sabe cuáles son las reglas que gobiernan las anomalías de la relación existente entre la mente y la materia? ¿Podemos comunicarnos de un modo que trascienda las fronteras de la mente y del espacio tal y como habitualmente los concebimos? ¿No podría el tipo de percepción que, hoy en día, consideramos extrasensorial, adiestrarse para profundizar, de ese modo, nuestro conocimiento ordinario de los demás y ampliar también nuestra empatía y nuestra compasión? ¿Por qué no nos tomamos lo suficientemente en serio esas posibilidades y las sometemos al riguroso escrutinio de la ciencia? Éste es un libro, en suma, que concluye con muchas preguntas sin resolver.

Al finalizar nuestro primer encuentro, Lisby me dio dos tarjetas, una de las cuales la identificaba como psicoanalista y la otra como directora del San Francisco Bay Revels. El Christmas Revels, un espectáculo que comenzó en Cambridge y ella llevó a la costa oeste, es una celebración del solsticio de invierno, el día más oscuro del año, el momento en que la Tierra se encuentra más alejada de la luz. *Conocimiento extraordinario*, escrito por alguien que tiene un pie en el mundo del arte y otro en el de la ciencia, ilustra perfectamente la esperanza, común a ambos mundos, de descubrir la luz en medio de la oscuridad. Yo tomé las dos tarjetas de Lisby y las guardé muy cuidadosamente en mi cartera.

Carol Gilligan es la autora de *In a Different Voice* y, más recientemente, de *The Birth of Pleasure*. También es catedrática de la New York University.

1. El arpa de ida y vuelta:

Comienza el viaje

En diciembre de 1991 robaron el arpa de mi hija; que no tardamos mucho, por cierto, en recuperar. Pero el camino de regreso seguido por el arpa discurrió por cauces que acabarían transformando para siempre mi forma habitual de entender la ciencia y el pensamiento racional, porque no sólo cambió mi forma de estar en el mundo, sino también el modo en que lo percibo y trato de entenderlo.

Este libro describe lo que pasó cuando traté de explicarme lo ocurrido. Fueron muchas las preguntas que entonces me hice, preguntas desconcertantes sobre el mundo tal y como lo conocemos y que no sólo tienen una importancia fundamental para la ciencia, sino también para el modo en que abordamos nuestra vida cotidiana. Éste es un libro que se enfrenta a todas esas preguntas y describe algunas de las sorprendentes respuestas que descubrí a lo largo del proceso.

En 1991 enseñaba en el departamento de psicología de la University of California de Berkeley y en la Facultad de Medicina de la University of San Francisco. También llevaba a cabo una investigación sobre el desarrollo femenino y atendía pacientes en mi consulta psicoanalítica. Pertenecía a muchas asociaciones profesionales, formaba parte de varios comités, asistía a congresos internacionales, participaba en equipos editoriales, daba conferencias por todo el país y también formaba parte del equipo de formación y supervisión de analistas de la American Psychoanalytic Association. Estaba, dicho en pocas palabras, muy ocupada y satisfecha con mi vida.

Mi hija Meg se había enamorado del arpa a eso de los seis años y ahora, a los once, había empezado a dar algún que otro concierto. Pero la suya no era la tí-

pica arpa de pie, sino un instrumento más pequeño y caro construido por un artesano arpista. Un buen día, después de dar un concierto de Navidad en un teatro, le robaron el arpa y, por más que pasamos un par de meses tratando de localizarla apelando a todos los medios que teníamos a nuestro alcance, como la policía, los peristas de instrumentos musicales de todo el país, los boletines de la American Harp Society y hasta un aviso en un programa de noticias de la CBS... ninguno de esos intentos surtió el menor efecto.

Finalmente, una amiga muy juiciosa me dijo, «¿Por qué no pruebas, si quieres recuperar el arpa y no te importa intentarlo todo, con un zahorí?». Lo único que, por aquel entonces, sabía de los zahoríes era que utilizan horquillas para localizar agua subterránea. Pero, según mi amiga, los zahoríes «realmente buenos» no sólo pueden localizar agua, sino también objetos perdidos.

¿Qué era eso de descubrir objetos perdidos utilizando *horquillas*? La policía daba por cerrado el caso y mi hija seguía desolada porque, después de años de tocar un instrumento extraordinario, no podía acostumbrarse a las arpas comerciales que, desde el robo, habíamos alquilado. Así fue como, tan avergonzada como desesperada, decidí seguir el consejo de mi amiga y le pedí que me encontrarse a un buen zahorí... ¡el mejor de todos! Después de llamar a la American Society of Dowsers [Sociedad Americana de Radiestesistas], mi amiga volvió con el número de teléfono de Harold McCoy, de Fayetteville (Arkansas), actual presidente de la sociedad¹.

Cuando ese mismo día le llamé, Harold respondió amablemente con un marcado acento de Arkansas. Le dije que acababan de robarme una valiosa arpa en Oakland (California) y que, después de haberme enterado de que podía localizar objetos perdidos, me preguntaba si podría ayudarme a encontrarla.

—Permítame un segundo —dijo—. Ahora le diré si el arpa todavía sigue en Oakland.

—Si, todavía está ahí —respondió, tras una breve pausa—. Envíeme un mapa callejero de la ciudad y trataré de ubicarla.

Como no tenía nada que perder, dejé a un lado mi escepticismo y esa misma noche le envié el mapa que me había pedido.

—¡Ya está! —me notificó, al cabo de un par de días—. El arpa se encuentra en la segunda casa de la derecha de la calle D... a partir del cruce con la avenida L...

Yo jamás había oído hablar de ninguna de las dos calle pero, fuese ese hombre quien fuese, me gustó el sonido de su voz. Y como, una vez asumido un

reto, no me gusta echarme atrás, me decidí a visitar en coche la casa en cuestión. Así que eché un vistazo a un callejero de Oakland, cogí el coche y me dirigí al barrio en cuestión, que estaba lejos de cualquier lugar conocido. Cuando localicé la casa, anoté el número, llamé a la policía y les conté que me habían dado el soplo de que el arpa podía estar ahí. Pero eso no bastaba, según me dijeron, para justificar el registro y añadieron que, puesto que se trataba de un artículo relativamente pequeño y fácilmente vendible, no iban a tardar en cerrar el caso.

Todavía no sé bien si fue porque me lo tomé como un reto, para no decepcionar a la amiga que me había instigado a consultar al zahorí, motivada por el desconuelo de mi hija o sencillamente porque me había gustado el tono de voz que escuché al otro lado de la línea telefónica, lo cierto es que no me resultó fácil dejar así las cosas.

Entonces decidí llenar de folletos un área de dos manzanas en torno a la casa, ofreciendo una recompensa por la devolución del arpa. Sé bien que fue una locura ¿pero por qué no intentarlo? Así fue como llevé a cabo una auténtica campaña de buzoneo inundando de impresos esas dos manzanas... aunque estaba tan avergonzada que creo que sólo se lo conté a un par de amigos.

Tres días más tarde sonó el teléfono y una voz masculina me dijo que había visto el folleto en su buzón y que su vecino acababa de tratar de venderle un arpa que coincidía con mi descripción. Y, aunque no me dio su nombre ni su número de teléfono, se ofreció para intermediar en su recuperación. Dos semanas más tarde y tras una serie de llamadas telefónicas indirectas, me dijo que esa noche a eso de las 10 encontraría, en el estacionamiento trasero de un supermercado que abría las veinticuatro horas, a un adolescente. Cuando llegué, descubrí a un joven merodeando que me preguntó: «¿Viene a por el arpa?», a lo que respondí asintiendo con la cabeza.

Pocos minutos después, el arpa estaba en mi camioneta camino de casa y cuando, media hora más tarde, tomé el camino de acceso a casa, pensé «Esto lo cambia todo».

Tenía razón. El episodio del arpa transformó por completo mi abordaje clínico y psicoanalítico, modificó la naturaleza de la investigación que es-

taba llevando a cabo, cuestionó mi idea de lo que es ordinario y lo que es extraordinario y, por encima de todo, cambió mi idea relativamente estable y segura de cómo encajan las cosas en el mundo. Si Harold McCoy realmente había hecho lo que realmente parecía, no me quedaba más remedio que admitir la inadecuación de mis ideas acerca del espacio, el tiempo, la realidad y la naturaleza de la mente humana. Y, por más inquietante que ese reconocimiento fuese, resultaba fascinante y hasta diría que apasionante.

Fueron muchas las noches que, en los meses siguientes, pasé sin dormir hablando conmigo misma. Me levantaba regularmente, no sin esfuerzo, a eso de las tres de la mañana, con la idea clara de que acabaría encontrando una explicación racional a los vericuetos seguidos por esa arpa para regresar a mi sala de estar, que era donde realmente debía estar. Finalmente un amigo, profesor de estadística en Berkeley, cansado de escuchar mis desvaríos, me dijo exasperado: «Déjalo estar y descansa un poco, Lisby. Como estadístico me veo en la obligación de decirte que las probabilidades de que se trate de una mera coincidencia son casi nulas».

Entonces decidí que había llegado ya el momento de tomarme en serio lo ocurrido y de considerar las posibles consecuencias. ¿*Qué ocurriría* —me dije—, en lugar de seguir buscando explicaciones, me preguntase cómo era posible que un zahorí, por teléfono y a tres mil y pico de kilómetros de distancia hubiese determinado la ubicación exacta del arpa robada en la gran área metropolitana de la bahía de San Francisco?

Luego empecé a investigar las pruebas científicas de la radiestesia, lo que no tardó en llevarme a leer informes de científicos muy respetables sobre todo tipo de fenómenos anómalos relacionados, descubriendo la existencia del territorio inmenso y extraño de las investigaciones relativas a las interacciones anómalas entre la mente y la materia que no pueden ser explicadas desde el marco de referencia de lo que consideramos ciencia normal.

Entonces me enteré de que el ámbito de las interacciones anómalas entre la mente y la materia está saturado de investigaciones de mala calidad, de investigaciones basadas en cuestiones que ni son especialmente interesantes ni utilizan adecuadamente la ciencia, el método científico ni el pensamiento científico. Pero, cuanto más profundizaba, más me sorprendía el inmenso banco de datos acumulados por investigaciones científicas impecables y bien dirigidas que planteaban enormes preguntas a cualquier persona interesada en dar sen-

tido al mundo desde la perspectiva de la ciencia occidental. ¿Por qué —empecé entonces a preguntarme— se soslaya toda esa investigación y se rechazan sus conclusiones?

Semanas después de haber publicado mi primera incursión en la exploración de las anomalías de la relación entre la mente y la materia, un médico al que apenas conocía se dirigió a mí en un congreso profesional. Según parece, había leído mi artículo y quería contarme algo. Veinte años atrás, le habían diagnosticado un cáncer óseo fatal y había acabado deprimiéndose. Como corredor de maratón, sólo podía librarse de la desesperación corriendo. Así fue como, al despuntar el día, empezó a correr un par de horas durante las que, según dijo, se vio súbitamente embargado, en varias ocasiones, por lo que describía como «una sensación luminosa, una sensación de luz clara y suave que llenaba mi interior, como si la luz y el aire impregnasen todos mis huesos. Yo veía literalmente la luz penetrando directamente en los huesos hasta llegar a la médula».

Una semana más tarde, según me dijo, su radiografía estaba limpia. «Jamás le he contado esto a ningún colega, sólo se lo dije a mi esposa en el mismo momento en que ocurrió, a nadie más. Y lo que voy a decirle ahora ni siquiera se lo he contado a ella: yo sé que eso me curó y que la luz acabó con las células cancerígenas. No sé cómo, pero sé que lo hizo».

En la medida en que se difundió la noticia de mi nuevo interés, mis colegas médicos y psicoanalistas empezaron a inundarme de relatos, tanto personales como clínicos, de sus propias experiencias anómalas que, como ocurrió con el caso del colega recién mencionado, era la primera vez que contaban. Esos relatos, que me llegaban a través del correo electrónico, el correo ordinario, los congresos, los seminarios, los pasillos y hasta las comidas eran, para mí, tan absurdos como para quienes me los contaban, pero todos compartían el hecho de ser el resultado de una forma de conocimiento completamente inexplicable:

- Apenas entró el paciente en la consulta, supe de inmediato y sin la menor duda que su madre había muerto.
- Desperté en mitad de la noche al escuchar el tiro. Al día siguiente me enteré de que fue precisamente en ese instante cuando mi paciente cogió una pistola y trató de acabar con su vida.
- De repente sentí que el hijo de mi pareja tenía problemas. Entonces le llamé y ello lo preocupó lo suficiente como para localizar el paradero de su

hijo. Luego me enteré de que su hijo había tenido un accidente de automóvil y de que mi pareja llegó justo a tiempo para tomar una decisión que posiblemente le salvó la vida.

Yo estaba sorprendida por el entusiasmo con el que mis colegas me hacían partícipe de sus curiosas historias personales, hasta que me di cuenta de que ese interés respondía a su necesidad de integrar aspectos de la experiencia que, por miedo a que no les creyesen, habían acabado reprimiendo y desterrando de su vida pública.

- Estaba en un autobús cuando súbitamente olí el perfume que solía llevar la ex-esposa de mi hermano. Lo curioso fue que, en la siguiente parada, esa misma mujer, a la que no veía desde hacía veinte años, subió al autobús.

- Durante nuestra luna de miel, mi marido y yo nos enamoramos de una casa de Londres muy especial que se hallaba frente a un hermoso parque. Catorce años más tarde, viviendo en Boston, me desperté un buen día pensando: «Quizá podríamos comprarla». Entonces llamé a un agente inmobiliario de Londres, preguntándole si podía conseguir la dirección y ver si estaba en venta. ¡Una auténtica locura! Pero lo más curioso es que, cuando lo hizo, se enteró de que la persona que vivía en ella acababa de morir y que ni siquiera habían colgado todavía el cartel de «Se vende». Una semana más tarde la compramos.

Lo único que se me ocurrió entonces fue tomar nota de todos esos relatos, palabra por palabra y con el mayor detalle posible. Y, si bien no podía ignorar lo que estaban diciéndome, tampoco podía encontrar en ellos el menor sentido. Las historias procedían de personas en las que podía confiar y se hallaban respaldadas por datos tan incuestionables que sencillamente me resultaba imposible rechazarlos.

En la medida en que mis archivos al respecto iban creciendo, descubrí la aparición de un nuevo tipo de curiosidad que no sólo me llevaba a preguntar a colegas, sino también a amigos, alumnos y hasta simples conocidos. Entonces empecé a preguntar cosas diferentes. Alguien podía mencionar, por ejemplo, un giro extraño en el curso de la enfermedad de un amigo y, en lugar de dejarlo pasar, le preguntaba lo que tan inusual le parecía. Así fue como me enteré de

diagnósticos, tratamientos y curaciones anómalos como, por ejemplo, el caso de un diagnóstico telefónico exacto de una compleja enfermedad sin contar con otro tipo de información. Y, cuando alguien afirmaba saber algo sin tener la menor idea de cómo lo sabía, también me interesaba por ello. Fueron muchas las historias curiosas que entonces recopilé, como la mujer que se vio aquejada de un súbito dolor de pecho en el mismo instante en que, a casi cinco mil kilómetros de distancia, su padre sufría un infarto; el hombre que se vio asaltado por un repentino dolor de pierna a la misma hora en que su gemelo se facturaba la pierna; un estudiante que adivinó hasta la cuarta cifra decimal la concentración exacta de una solución química que debería haberle supuesto horas de arduo trabajo o la mujer que sufrió un ataque de pánico en el momento mismo en que su bebé, que, en aquel momento se hallaba en el otro extremo del pueblo, se caía de mala manera.

Este interés también me llevó a establecer un nuevo tipo de relación con mis pacientes. Poco a poco me vi obligada a enfrentarme a la idea de que había cosas que, a lo largo de los años, mis pacientes sólo me habían contado a medias; cosas que consideraban demasiado extrañas o arriesgadas como para ser reveladas, porque suponían que nadie les iba a creer o, peor todavía, que iban a pensar que estaban locos. Ahora, cuando mis pacientes empezaban a sugerir incidentes extraños, imágenes raras o coincidencias divertidas, me esforzaba en alentarles a explorar su significado. Entonces fue cuando empecé a escuchar algunas cosas muy curiosas.

Hacía tiempo que la terapia con una paciente seriamente perturbada, una mujer solitaria y muy asustada, se hallaba un tanto estancada. Había pasado años insistiendo en que no podía recordar los sueños y jamás, en todo el tiempo que estuvimos trabajando, aportó ningún sueño a la consulta. Un buen día me dijo, durante una sesión, que la noche anterior había soñado que me iba a Arizona. Y lo cierto es que, en esa semana, estaba organizando un viaje a Arizona, del que no había hablado con nadie. Y, cuando le pregunté por qué precisamente a Arizona, no supo qué responderme y tampoco descubrimos ninguna asociación significativa. Entonces le dije que, de hecho, estaba preparando un viaje a Arizona y me preguntaba si, de algún modo, podía haberse enterado. Después de vacilar unos instantes me contó que, con cierta frecuencia, tenía sueños en los que sabía dónde iban a viajar las personas, algo que los hechos acababan siempre corroborando. Pero, como era algo tan extraño y que no

podía explicarse, aprendió a ocultarlo y mantenerlo en silencio. Tenía esos sueños desde niña, pero sus padres se habían enfadado tanto con ella que la tildaban de loca y, en ocasiones, la pegaban hasta que conseguían arrancarle la confesión de que se lo había inventado todo. Así fue como aprendió a callarse, a fingir que no soñaba y que un montón de cosas que experimentaba no eran reales. Ese tipo de engaño, dirigido tanto a sí misma como a los demás, la hacía sentirse segura, pero también muy poco real.

Este encuentro jalonó un punto crucial en su psicoterapia. Pero también lo supuso para mí, porque mi curiosidad por su sueño liberó en ella un flujo de experiencias. Cuando empezó a darse cuenta de que yo realmente la creía –y a considerar, en consecuencia, la posibilidad de que no estuviese loca ni fuese peligrosa– se abrió entre nosotras un mundo nuevo y empezó a contarme, por vez primera, otras extrañas experiencias intuitivas y lo mucho que la atormentaban. Poco a poco, empezó a sentirse más cómoda en el mundo, y su vida experimentó un cambio profundamente positivo. Entonces me dijo que había empezado a sentir que podía convertirse en una persona real.

El miedo de mi paciente –su incapacidad para creer en la evidencia que se desplegaba ante sus ojos, la idea de ser considerada loca y de perder el consuelo que le proporcionaba ser creída– empezó a despertar en mí una resonancia extraordinaria. Yo todavía quería entender mi experiencia con el arpa, pero también empecé a preguntarme por qué nuestra cultura tiene tanto miedo a las experiencias anómalas. ¿Es por ello que se ha prestado tan poca atención a las investigaciones bien dirigidas realizadas al respecto en los Estados Unidos? ¿Cuál es la naturaleza de esa incomodidad y de los conflictos que la alienan? ¿Cuál es la naturaleza de ese malestar y qué conflictos yacen debajo de él? ¿Cuál es el coste de nuestro temor individual y colectivo ante todas esas incógnitas? ¿Cómo podemos empezar a aliviar esa incomodidad mientras trabajamos en la resolución de los conflictos? Y, lo que es todavía más importante: ¿es posible investigar las experiencias aparentemente anómalas sin dejar de estar firmemente arraigados en el pensamiento racional?

Valoro muy positivamente el mundo racional y todo lo que conlleva pero, en ese mundo, no parece haber lugar para experiencias como la del descu-

brimiento del arpa. Es necesario reconocer y valorar la importancia de ambos mundos y vivir en ambos simultáneamente. No pretendo que el lector crea sin más las historias que presento en estas páginas; me considero una persona escéptica que ha recibido una adecuada formación científica, una perspectiva que me parece esencial para emprender cualquier análisis serio de las situaciones anómalas. Pero, después de catorce años estudiando esos fenómenos sin perder mi escepticismo, creo que esas experiencias merecen toda nuestra consideración.

Las historias contenidas en este libro y las cuestiones que suscitan me han llevado a preguntarme si, en tanto que seres humanos, podemos establecer con los demás y con el mundo material una conexión tan profunda que transgreda las reglas de la naturaleza tal y como habitualmente las concebimos. Porque, en tal caso, se trata de una conexión tan extrema que resulta casi inconcebible. En este libro, sugiero la posibilidad de establecer conscientemente ese tipo de conexión y de darle un nuevo sentido. Podemos empezar observando ciertas interacciones que anteriormente no habíamos considerado, interacciones entre los reinos mentales y materiales, interacciones entre el reino del procesamiento mental inconsciente –tal y como lo entienden la psicología, la neurociencia y la ciencia cognitiva contemporáneas– y el reino de la dinámica física intangible que recién empiezan a explorar disciplinas tales como la física cuántica.

Sugiero que estas interacciones se caracterizan por una paradoja que ayuda a explicar por qué no las hemos advertido y, en consecuencia, por qué no las hemos entendido. Esas interacciones reflejan aptitudes humanas que habitualmente nos resultan inaccesibles. Se trata de capacidades tan peculiares que resultan *menos* accesibles cuanto más deliberadamente tratamos de alcanzarlas. No podemos acceder a esas nuevas fuentes de información «sintonizando» simplemente con algo nuevo ya que, paradójicamente, también debemos «desconectar» de la información ordinaria que de continuo bombardea nuestros sentidos. Aunque haya quienes parecen nacer con un don innato, es posible que el resto de nosotros aprendamos a desarrollar esa misma cualidad de la conciencia, una conciencia que podría provocar un estado subjetivo de conexión profunda tanto con los demás seres humanos como con el mundo material que nos rodea. Si ese estado existe y podemos lograrlo, también podemos desarrollar distintas capacidades de percepción, incluyendo una inteligencia in-

tuitiva cuyo adiestramiento y desarrollo ha soslayado hasta ahora nuestra cultura. Educar y perfeccionar tal inteligencia tendría implicaciones extraordinarias para nuestro modo de ver el mundo porque, al cambiar lo que podemos ver, cambia también lo que podemos llegar a conocer. Quizás el conocimiento intuitivo al que habitualmente llamamos conocimiento extraordinario y anómalo no sólo sea posible sino, en última instancia, más ordinario de lo que suponemos.

Éste es un libro sobre lo que sabemos y sobre el modo en que sabemos. Tal vez el conocimiento extraordinario no sea, después de todo, tan extraordinario, sino una parte del conocimiento ordinario que no sabemos cómo explicar. Y, si eso es cierto, podríamos empezar a habitar el mundo con una visión diferente y radicalmente más esperanzadora de nuestro futuro.